

Administración

más

austera;

aportación

más

generosa

Victor Iriarte, S. J.

Grave problema

En los Comentarios de SIC (enero 1968) se criticaba la racha de material bélico que sopla asoladora por la América Latina. Hechos patentes a todos; al mundo interior y exterior con sus naturales reacciones: en unos, de repulsa contra una administración de tan mala gestoría; y en otros, de resistencia a colaborar con pueblos necesitados que piden dinero para luego despilfarrarlo en armamento bélico, planificación improvisada o deficiente administración.

El informe de la Comisión Especial de la OEA en el año 1963 declara:

"En 1957 América Latina invirtió en educación 729 millones, y en 1960, 1.646 millones de dólares. Si el aumento de los presupuestos para Educación se conserva en un 10% de acuerdo con la tendencia registrada, en este decenio se invertirán en Educación Pública alrededor de 28.920 millones de dólares, sin contar las inversiones del sector privado. Para 1970 los sistemas educativos prestarán servicios a un mayor número de personas y emplearán aproximadamente 4.000 millones de dólares.

Durante la última década, la matrícula para el nivel primario en los 19 países latinoamericanos comprendidos en este estudio aumentó de 14.312.305 estudiantes en 1950 a 24.794.000 en 1960. En un período de diez años la matrícula aumentó más de 73%. A pesar de ello, en el conjunto de los países únicamente recibe atención en educación primaria el 78% de los niños entre 5 y 14 años.

El rendimiento del sistema educativo en América no responde a las inversiones que se están efectuando, ni al capital humano que concurre al sistema que espera de la educación un elemento para el cambio, ni a las exigencias de los programas de desarrollo y los cambios acelerados, ni a las esperanzas que grandes masas de población han puesto en la educación.

No es necesario dar cifras; los estudios existentes confirman que sólo 20 alumnos de cada cien terminan la educación primaria en América Latina y que únicamente 22 de cada cien que se matriculan en enseñanza media completan el ciclo." (II Seminario Regional Interamericano de Educación Profesional para Adolescentes y Jóvenes, Caracas, 1966.)

Por desgracia, esa enfermedad no ataca exclusivamente a nuestro Continente. Sus efectos se sienten, acaso más funestos, en otros pueblos, como si no acertaran a ver valores más altos que los de la fuerza bruta o la lucha fratricida.

Circula en Europa un llamado Libro Negro, obra publicada por la Unión de Arabes Libres, que trata de invitar a sus hermanos a una profunda reflexión. Hasta ahora sus buenos deseos, lo mismo que sus cuerdas palabras, suenan en un desierto más extenso y estéril que el Sahara; pero con sus datos valiosos siembra la inquietud.

En los últimos 18 años, siete países árabes han invertido diez mil millones (10.000.000.000) de dólares en armamento. Y los autores comienzan a soñar lo que con esa inmensa pirámide de oro hubieran podido transformar. Sólo el 46% de los niños árabes reciben una educación elemental; sólo el 12% puede cursar estudios superiores en secundarias y preparatorias. La

choza y el barrio pobre constituyen las viviendas árabes y la industria propia y la agricultura apenas han dado los primeros pasos o se hallan en fases primitivas. Añaden a continuación:

"Nosotros, los pueblos árabes, nos encontramos en la encrucijada de nuestro destino nacional. La disyuntiva que tenemos ante nosotros es una que debe ponderar cada árabe leal que piense, porque sobre los resultados dependerá el futuro de nuestro pueblo.

El camino detrás de nosotros está lleno con las ruinas de costosos fracasos, con la pérdida internacional del honor, con el desperdicio de nuestros recursos humanos y materiales. Están en bancarrota los sistemas en el pasado por los gobiernos árabes, y desacreditados ante los ojos del mundo. Los preparativos para la guerra nos han costado más de 9.500.000.000 de dólares desde 1950. En 15 años hemos multiplicado nuestro presupuesto militar diez veces. Estas erogaciones no se han justificado. Se ha fracasado en lograr los propósitos para los cuales estaban destinadas, tanto ofensiva como defensivamente. La enorme inversión en armamento y entrenamiento militar se ha perdido o dañado irremediablemente."

Como si no bastara ni esa planificación defectuosa en la educación ni esa loca carrera armamentista, se añade un sistema administrativo defectuoso que, en 1968, v. gr., en Venezuela, usa la vieja ley de 1938 para fiscalizar en la Contraloría un presupuesto más complicado y 30 veces mayor: 1938=300 millones; 1968=9.000 millones.

En un reciente homenaje de la Asociación Pro Venezuela al Contralor General de la República, Dr. Luis A. Pietri, decía éste, con una cita de un trabajo de la delegación chilena, en el Primer Congreso Internacional de Entidades Fiscalizadoras:

"El fraude no se puede evitar ni con la revisión periódica ni con el temor y respeto que pueda inspirar un organismo de severa autoridad estatal, como es la Contraloría General de la República, porque esa intervención a posteriori equivale a la del médico que practica la autopsia a un cadáver para que nos diga qué la víctima falleció de tal o cual cosa. Lo que se necesita en primer término es la medicina preventiva que se anticipe a advertirnos el peligro a que estamos expuestos y cuyas recomendaciones nos preserven precisamente para que no lleguemos a fallecer, por lo menos, en forma prematura."

"Deseo—añadió—suministrar a ustedes los siguientes datos:

Durante los últimos nueve años la Contraloría, mediante el ejercicio del control previo, ha obtenido economías efectivas para el Fisco Nacional que exceden de los 206 millones de bolívares. Se han objetado 7.912 contratos por valor de 427 millones; 15.400 proyectos de compra por valor de 427 millones; 14.127 órdenes de pago con monto de 650 millones. Las objeciones formuladas se debieron, entre otras, a las siguientes causas: exceso en los precios, falta de disponibilidad presupuestaria, duplicidad en los pagos, errores de imputación y violación de disposiciones legales."

Y terminaba pidiendo a los jueces severidad e inflexibilidad para castigar "a los ladrones del Tesoro Nacional".

Este panorama tan sombrío, que podría oscurecerse más con datos más negros de casi todos los países en vía de desarrollo, no estimula ni a pueblos ni a sus gobernantes a mostrarse generosos en sus aportaciones, destinadas a un pozo sin fondo.

Razón tenía en la Conferencia de Nueva Delhi el representante chileno al asegurar: "Lo que exigimos de los demás no lo hacemos nosotros mismos. La diferencia entre los ricos y los pobres, que existe internacionalmente, también existe nacionalmente."

Todos, sin embargo, están persuadidos de que el estado actual de la técnica agrícola puede alejar para siempre el espectro del hambre. Mucho más lejos fue en sus declaraciones en Nueva Delhi (5 de febrero 1968) en la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y Desarrollo) Eugene S. Rostow, Subsecretario de Estado norteamericano:

"Solamente existe una premisa aceptable para nuestro propósito común: debemos actuar y hacerlo juntos simplemente, porque hemos llegado finalmente a creer que la pobreza es un mal y que por primera vez en la historia de la humanidad la ciencia hace posible corregir ese mal."

La colaboración, pues, se impone y las naciones ricas deben ayudar a las pobres sin que éstas se hundan en una pasiva mendicidad.

Johnson, ante el Congreso americano

Al enfrentarse Johnson ante el Congreso (29-1-68) para justificar y defender su presupuesto se sintió frenado y obligado a una poda en

varios renglones. Entre otros quedó mochado el de asistencia al exterior en más de 300 millones. Los golpes fueron tan certeros como decididos.

Entre los paladines de una política liberal de asistencia exterior figuraba siempre *The Washington Post*. Sus campañas arreciaban en los momentos precisos de la batalla en el Congreso. Pero esta vez, hasta el *The Washington Post* se pasó al bando contrario, desilusionado por los mezquinos resultados de tan generosas contribuciones. Y el pueblo americano protesta de que se le esquilme en sus ingresos con impuestos para malgastarlos en estúpidas inversiones.

Y sigue *The Post*: no puede Estados Unidos, "como fuente de capital de asistencia y abastecedor de armamentos, evitar la responsabilidad de invitar a las naciones latinoamericanas a olvidar los caros aviones supersónicos y a tomar medidas cuando resistan ese consejo. Sería conveniente, empero, que las naciones latinoamericanas que comparten el problema compartan también la responsabilidad".

Y se urge la creación de un mecanismo hemisférico de vigilancia de los gastos militares; idea que ha cristalizado en una ley del Congreso de reducir la asistencia a los países que compren armamentos complicados.

Algo se ha avanzado. Cuando hace apenas dos años al Secretario de Defensa Mc Namara le interpelaban en el Congreso por venta de armamentos a países latinoamericanos, contestó que la negativa de los Estados Unidos provocaría la misma compra en otras naciones vendedoras. Nada se solucionaba.

¿Y el decoro nacional?

La hiperestesia y el celo por la autonomía rechaza esas medidas restrictivas y lesivas del decoro nacional. Porque ahora que los pueblos débiles se presentan al diálogo, queriendo hacer sentir las prerrogativas de su dignidad con la fuerza primaveral de su reciente independencia y la conciencia fresca de sus conquistas jurídicas, no se muestran fáciles al examen, ni a la investigación, ni a la mera exposición de sus futuros planes. Va en ello la merma de su propia independencia que celosamente la guardan.

Y en esto tienen razón. "Es indispensable —dice la *Populorum*

Progressio— se establezca entre todos el diálogo entre quienes aportan los medios y quienes se benefician de ellos... Los beneficiarios podrán exigir que no haya ingerencias en su política y que no se perturbe su estructura social. Como Estados soberanos, a ellos les corresponde dirigir por sí mismos sus asuntos, determinar su política y orientarse libremente hacia la forma de sociedad que han escogido. Se trata, por lo tanto, de instaurar una colaboración voluntaria, una participación eficaz de los unos con los otros, en una dignidad igual para la construcción de un mundo más humano." (54) De lo contrario, hipotecarían su personalidad o su independencia misma; interés excesivamente alto. Pero esta sensibilidad y a veces hiperestesia rápidamente desemboca en un dilema tan claro como definitivo: "O todo o nada."

A su vez, no pueden las naciones desarrolladas entregar sus aportes sin previamente conocer a quién los entregan, para qué y la seguridad de su concreta inversión. La *Populorum Progressio* añade con justicia: "A quienes proporcionen los medios financieros se les podrá dar garantías sobre el empleo que se hará del dinero, según el plan convenido y con una eficacia razonable, puesto que no se trata de favorecer a los perezosos y parásitos." (54) Justa previsión, ya que más de una vez la inversión de esos fondos ha degenerado en danza loca de millones.

Lo que en teoría se perfila con fácil claridad viene a enturbiarse en la práctica con el juego de la complicada psicología humana. Porque, dadas las tensiones, se dificulta la comprensión y con la suspicaz desconfianza se deshace el ambiente para un diálogo sincero.

Buen ejemplo acaba de darnos el Perú (9-2-68) rechazando por unanimidad en su Congreso las manifestaciones de los senadores norteamericanos Hickenloper y W. Morse, que proponían limitación de ayuda a la república, empeñada en comprar dentro o fuera de Estados Unidos aviones supersónicos. Y ambas partes se atrincheran en sus argumentos:

"Esas declaraciones lesionan la soberanía del Perú."

"No necesita ajena ayuda quien invierte sus millones en el lujo de aviones supersónicos."

Y parecidas pretensiones, con el mismo tono, manifestaba el delegado brasileño, Magalhaes Pinto (5-2-68) en la UNCTAD de Nueva Delhi, que veía en el tratado

contra la proliferación de armas nucleares una discriminación intolerable:

"Con respecto a la energía nuclear, las superpotencias mantienen una política monopolista que en la práctica equivale a negar a los países en desarrollo el derecho a adquirir una tecnología perfecta y autónoma. Insisten en imponernos un sistema de control internacional que sería discriminatorio, ya que dividiría a los países del mundo inexorablemente en dos categorías: los que tienen derecho a usar la energía nuclear para todos los propósitos, aun para fines militares, y quienes no pueden desarrollar todos los usos de la atómica ni siquiera para fines puramente pacíficos. Como la energía nuclear es un instrumento esencial en la lucha para superar el subdesarrollo, esta discriminación que se intenta nos colocaría en una situación irremediablemente dependiente que comprometería nuestra soberanía."

A la acusación respondía el delegado norteamericano:

"El tratado contra la proliferación de armas atómicas no perturbará las aplicaciones tecnológicas pacíficas de las investigaciones nucleares."

Y en cuanto al logro de inversiones añadía:

"La mayor parte de los recursos productivos de los Estados Unidos está en manos de particulares y no del Gobierno. Las inversiones privadas también están vinculadas con otro asunto del temario: la tecnología. En lo que respecta a Estados Unidos y otras economías basadas en la empresa privada, la tecnología es suministrada primordialmente por el sector privado." (3-2-68)

Quien analice estas escaramuzas oratorias hallará, de parte y parte, siempre el mismo fondo y los mismos argumentos con formulación diversa, según las circunstancias (1). Sólo superando intereses particulares de naciones y condiciones, sobre base de interés común para la humanidad, se limarán asperezas y se abrirá camino para un acuerdo.

A eso apunta la *Populorum Progressio*: "Pero que cada uno se persuada profundamente: está en juego la vida de los pueblos pobres, la paz civil de los países en vías de desarrollo y la paz del mundo." (55)

Confirmación dramática de esta situación acaba de presentar en la UNCTAD de Nueva Delhi el 9 de febrero de 1968 el representante del Vaticano, Mons. Caprio, que

al tono sombrío de su intervención añadió la nota de urgencia y universalidad:

"Se jugará con fuego —dice— intentando creer que será posible localizar o circunscribir indefinidamente en el mundo los focos de agitación. Aun aquellos que gozan de los beneficios de una economía de abundancia se engañan si se imaginan que están al abrigo de tales pruebas. Recientes conmociones son testimonio suficiente."

¿Austeridad? ¿Generosidad?

Entre las intervenciones en la UNCTAD de Nueva Delhi llamé mi atención por su enfoque y calma la intervención del delegado chileno Hernán Santa Cruz, a quien arriba citamos. Sus mesuradas palabras encierran lecciones para unos y otros; ni se cree inocente por pertenecer al grupo de naciones en desarrollo. El que en un sólo año los pueblos que se dicen pobres, con crisis de alimentación, hayan invertido en armamentos dieciocho millones de dólares (\$18 millones) lo califica de "trágica paradoja".

Venezuela puso en marcha el 1º de enero el presupuesto para el ejercicio de 1968 con un monto de 8.965.000.000, casi nueve millones de bolívares.

Para la Defensa, 889.327.005, casi novecientos millones de bolívares.

Es hora de reflexionar en una vida más sobria y austera. Y ante el empuje arrollador de otras naciones, fomentemos, en vez de una amarga envidia, el deseo de sus excelentes cualidades:

"Si ellos encima vienen con ímpetu de aludes, para afrontar su impulso tengamos sus virtudes."

Solamente al puntualizar esas ideas vagas en cifras concretas se ve la locura colectiva de los hombres. Casi le asalta a uno la tentación de proponer para los respectivos ministros de los Gabinetes en guerra el sistema de lucha de los Horacios y Curiaos. Sin duda que no estallarían muchas guerras.

En el comentario que la *Action Populaire* ha consagrado a la *Populorum Progressio* encontramos datos muy esclarecedores.

"El año 1965 los gastos militares mundiales ascendieron a ciento cincuenta mil millones de dólares (\$150.000.000.000), o sea, algo más del 9% del producto bruto mundial.

En cambio, el mismo año, la ayuda bilateral pública total, que forma la mayor parte de la ayuda pública a países en vía de desarrollo, puede estimarse en seis mil millones de dólares; más exactamente: \$5.773.000.000. A ello contribuyeron Estados Unidos con tres mil ciento ochenta y ocho millones de dólares (\$3.188.000.000); Francia, con setecientos veintinueve millones quinientos mil (\$729.500.000).

La desproporción es llamativa: de 25 a 1. Es decir, que los hombres, para destruirse mutuamente, gastan 25 veces más que para ayudarse."

Con la agravante de que la diferencia aumente, como ha sucedido en el pasado y corre el riesgo de suceder ahora, como lo demuestra el corte del Congreso americano. Y como, sin tantas alharacas, lo ha hecho Francia, que en 1962 destinó a esa ayuda el 2,53% de la renta nacional, mientras que en 1965 llega a 1,88%.

Inglaterra, que forcejea por salvar su situación doméstica, ya ha indicado que no puede pensar mucho en ayudas ajenas. Claramente lo acaba de declarar el delegado británico en la UNCTAD de Nueva Delhi el 6-2-68. Decía Mr. Crossland: "Sería deshonesto de mi parte si hago alguna promesa precisa ahora para aumentar el flujo de la ayuda británica. Francamente, no podemos aumentar nuestro volumen de ayuda con dinero que nos han prestado."

Una solución viable, si no total al menos parcial, siempre que las dos partes en diálogo sincero se comprometan seriamente:

1º Los pueblos en vías de desarrollo deben, en austera y técnica administración, eliminar los gastos suntuarios y la carrera armamentista, destinando los recursos a la promoción integral del hombre, fomentando la propensión al trabajo y la propensión a la innovación.

2º Los países desarrollados acorten sus gastos bélicos y empleen sus cerebros en solucionar los problemas del suelo más que los del espacio. Un viaje a los pueblos pobres, con planificación promotora, sería más útil y humano que los viajes a la Luna. Y que lo oiga Rusia, con sus 201 satélites lanzados, y no se haga el sordo Estados Unidos con sus alunizajes, ni las demás naciones con orgullosas y vanidosas iniciativas.

(1) Piden los unos, más y más, con voracidad insaciable; regatean los otros, más y más, con calculada sobriedad.